

Muhsrin Al-Ramli

La televisión tuerta

Apenas había comenzado el decimotercer año de mi vida, empezó la guerra entre Irak e Irán, y antes de cumplir su primer año, murió en ella mi hermano mayor y cayó prisionero uno de mis primos. Fue entonces cuando empecé a oír cómo mi padre insultaba al *Señor Presidente* cada vez que se encontraba a solas con mi madre en la huerta, la cocina, el dormitorio o mientras ella ordeñaba las vacas en el establo.

Este hecho me desconcertaba, no sabía cómo encajar estos insultos vulgares y aquellas fotos y canciones bonitas que nos enseñaban en el colegio. Elogiaban al Señor Presidente como el líder, gran maestro, héroe, valiente, genio, fuerte, necesario, inspirado, etc., dentro de una larga lista de nombres y adjetivos de palabras grandes de las que no sabíamos el significado de todas ellas. Aun así, soñábamos con ver al Presidente aunque fuera en nuestros sueños —algunos alegaron haberlo conseguido— o con ser igual que él de mayores.

También oí a mi padre insultar después de medianoche, cuando yo me despertaba para beber agua o hacer pis y pasaba muy cerca de donde estaban sentados en el salón él, mi madre y mi tía, madre del prisionero. A menudo ella venía a casa después de que se hubiera dormido toda la gente del pueblo para escuchar junto con mis padres la emisora enemiga de Teherán, que por aquel entonces retransmitía diariamente un programa en el que los prisioneros saludaban a sus familiares. Cada vez que concluía el programa sin que se hubiera mencionado el nombre de mi primo, mi tía rompía a llorar y mi madre la acompañaba en el llanto. En ese instante, mi padre lleno de furia y amargura volvía la cabeza y escupía al suelo y, a veces incluso, cogía una de sus chanclas y se lanzaba a golpear el escupitajo con odio como si de un escorpión se tratara, pronunciando

insultos demasiado horripilantes. Él, que nos castigaba por el simple hecho de que alguno de nosotros dijera alguna palabrota.

Esta era una confusión de entre otras muchas que me preocupaban en la personalidad de mi padre. Pero no puedo negar el gran orgullo que me hacía sentir por ser él el único que tenía una caja pequeña que hablaba y cantaba llamada *¡radio!*, a pesar de que él nunca le permitiera cantar, pues al oír por un solo segundo cualquier tipo de música, cambiaba rápidamente buscando noticias o alguna lectura del Corán.

Dominaba muy bien el movimiento del hilo rojo, el dial de la radio, conocía todas las emisoras y los horarios de sus programas. Así, mi padre era el eje, punto de mira, protagonista y gran estrella brillante de las reuniones de las mañanas en la cafetería del pueblo, donde todos los hombres le rodeaban preguntándole sobre las noticias del mundo lejano y su propia opinión. Era muy habilidoso transmitiendo y tenía un estilo peculiar que les dejaba a todos llenos de asombro por su gran conocimiento y de admiración por su gran elocuencia. Le invitaban a te, café, yogur, arguila y lo que fuera. Este hecho movió la envidia en el corazón de Jalil, el herrero, que fue a fabricar una caja de hierro muy parecida a la de mi padre, pero nunca logró hacerla hablar.

Mi padre compró aquella radio cuando viajó a Nínive para vender la cosecha de tomate, fruto de una buena temporada. A todo el mundo le prohibió tocarla. La escondió en su caja personal con candado grande, y no recuerdo si la toqué más de una vez. Aquella vez me dijo, mientras salía de casa con mucha prisa: “Llévasela a tu madre y dile que la encierre muy bien, pero que muy bien, ¡eh!”. Aquello fue algo inolvidable para mí, con temor y asombro le di vueltas entre mis manos, pegué mis ojos a sus agujeros para ver lo que había en su interior... Más que ver, imaginé...

Nuestro pueblo es pequeño, sus casas no superan las cincuenta, entre ellas, una mezquita y un colegio. Todo está construido con barro y piedras. Se sitúa en una estrecha llanura entre la montaña Makhul y el río Tigris. Por eso, los viajes desde y hasta el pueblo son muy escasos. Todos somos familiares, nos casamos entre nosotros, colaboramos en las construcciones, las cosechas, los funerales y las bodas. En ocasiones, nos peleamos hasta el punto de matarnos entre nosotros, por razones simples, como una gallina o un huevo. Pero no tardamos en reconciliarnos.

La única persona del pueblo que hace años se fue a vivir a una ciudad es la señora Laila, que se enamoró de un vendedor ambulante de perfumes que pasaba con su mula por nuestro pueblo. Como la familia de Laila rechazó la petición de mano de este extranjero, ella se fugó con él y se casaron. Según nuestras tradiciones, el castigo consiste en que cualquier familiar suyo la mate, si la ve en el transcurso de los siguientes dos años. Pero si ese tiempo pasara sin que nadie la hubiera visto, entonces ella podrá volver y su matrimonio será reconocido. Eso fue lo que pasó. Así, la señora Laila visitaba el pueblo durante las fiestas junto con su marido, el vendedor ambulante de perfumes. Vestían ropa distinta y bonita por diseño y colores, que desprendía unos olores que encantaban a todos.

Sus visitas eran lo mejor que nos traían las fiestas o lo que esperábamos de ellas, pues si no, nos limitábamos a comer dulces, beber té, visitar el cementerio o repetir el intercambio de las frases —consabidas— de felicitación. Las familias competían entre sí, pues todas querían invitarles a cenar, porque aparte del olor de Laila y el tintineo de sus collares y pulseras de oro, tenía gran capacidad para atraer los oídos de la gente. Sus cuentos, sobre la ciudad y otros, eran distintos a los que estábamos acostumbrados a escuchar antes de dormir en boca de nuestras abuelas, sobre sultanes, princesas, duendes, ángeles, magos, animales que hablan y serpientes que vuelan.

Los cuentos de Laila trataban sobre gente normal como nosotros y no contenían lo sobrenatural y milagroso; nos atraían por las diferentes actitudes y el complejo entrelazamiento de sus personajes. Así, el pueblo trasnochaba alrededor de Laila en el salón o el patio de la casa de su sonriente anfitrión, que no dejaba de ofrecerles té y pasteles caseros mezclados con dátiles y sésamo. Laila era para nosotros la fiesta misma. Las mujeres le pedían consejo sobre cómo ganar los corazones de los hombres y los hombres sobre cómo ganar los corazones de las mujeres. Los niños se acercaban a ella porque no paraba de besar y acariciar las cabezas de los más cercanos a su asiento.

Más tarde descubrimos el secreto de toda esa ternura y el de sus cuentos. Era estéril, pasaba el tiempo delante de la televisión cuando su marido se encontraba ausente por trabajo, haciendo giras con su mula entre los pueblos.

Lo descubrimos durante el segundo año de la guerra, cuando el Señor Presidente dispuso regalar una televisión a cada familia que todavía no tenía, tras visitar un pueblo kurdo.

Ahí, la gente huyó al aterrizar sus helicópteros en la plaza del pueblo y, cuando sus guardias le trajeron a algunos de los huidos, extrañado les preguntó: “Yo soy el Señor Presidente, el Líder... ¿no me conocéis?!”. Sus miradas se desviaron con miedo y movieron sus cabezas en señal de negación. Entonces, el Presidente decidió que le vieran y conocieran todos los ciudadanos de la patria. Recibimos los televisores en cuyos bordes había escrito, en plateado, una frase que indicaba que era un regalo del Señor Presidente, el Líder, su nombre, una pequeña foto suya junto a la bandera de Irak y el eslogan de la República. En las cajas, libritos y folletos de algunos de sus discursos en vez de manuales y catálogos de los aparatos. Y para que todos pudieran ver la televisión, dio la orden de llevar la electricidad a cada pueblo y rincón del país, incluso a las tiendas de los beduinos en el desierto que veíamos lejanas en el horizonte, detrás de la otra orilla del río. Y como son nómadas, les regaló generadores de luz para que los llevaran junto con los televisores a lomos de sus camellos fueran a donde fueran.

A partir de aquello, todo cambió, absolutamente todo.

Nuestros cabellos descansaron de las quemaduras de los candiles de gasóleo, cuando preparábamos nuestros deberes del colegio luchando contra los insectos y las mariposas que volaban alrededor de las luces. Nuestras narices se libraron del humo de sus mechas. La luz de la electricidad apagó para siempre la luz de la señora Laila y descubrimos que los cuentos que antes nos habían encandilado no eran más que las películas que había visto en televisión. Así, sus visitas ya no daban sabor a las fiestas, sobre todo porque el Gobierno emitía las películas, canciones y bailes más bonitos en los días festivos, mientras que durante el resto del año aumentaba la emisión de las giras y los discursos del Señor Presidente. Imágenes y películas de guerra donde los cadáveres de los enemigos, las caras asustadas de los prisioneros y las banderas de la patria ondeaban en la cima de las colinas de una tierra abandonada y desolada.

Los cuentos antiguos fueron desapareciendo poco a poco en el camino hacia el olvido y, después, al cementerio con los abuelos.

Mi padre murió justo un mes después de la llegada de las televisiones a nuestro pueblo. Mi madre dijo: “Le mató la pena”. Y no sabíamos a qué se refería cuando decía “pena”. ¿Se refería a la pena que sentía por mi hermano mayor y mi primo en prisión o porque empezó a ver las imágenes del Señor Presidente? Antes ardía de furia, rabia y escupitajos por el simple hecho de oír su nombre o su voz en la radio. ¿O sería porque él también perdió su importancia y brillo en la cafetería de las mañanas, pues la gente podía escuchar las noticias e incluso verlas en imágenes en sus casas y ya nadie le preguntaba por ellas?

Mi madre nunca se olvidó de llevar la radio cada vez que visitaba la tumba de mi padre.

También recuerdo a nuestro vecino Abu-Hassun al cual, tras ver un largo documental de Jacques Cousteau con los seres más variados e increíbles y, después en las noticias, unas manifestaciones multitudinarias contra la guerra en las calles de las principales capitales del mundo, se le desorbitaron los ojos y boquiabierto dijo: “¡Oh, Dios mío, qué ganas y paciencia tienes para crear todos estos bichos y esta gente! Yo, que en ocasiones ni aguanto a mis hijos, ni a mí mismo, ¿cómo puedes aguantar a todos estos?”. Enseguida pidió perdón a Dios por lo que había dicho y reconoció que verdaderamente es grande y poderoso y merecía ser Dios por aguantar a toda esta gente y bichos ruidosos. Y se dio prisa en cambiar de tema preguntando: “Si toda esta gente está en contra de la guerra, ¿por qué se pelean entonces?”. Al darse cuenta de la importancia de su pregunta, se puso el traje y, llevando consigo su bastón, se dirigió al Imán de la mezquita.

El Imán le contestó que las guerras no están entre la gente, querido Abu-Hassun, sino entre sus cabezas. Cuando se dio cuenta de que no lo entendía, el Imán se tomó tiempo desde el rezo del mediodía hasta la oración del crepúsculo, explicándole que las enfermedades del ser humano no están en los cuerpos, sino en sus cabezas y que los presidentes también son cabezas. Ellos son los que encienden las guerras y el resto de la gente no son más que la leña de sus hogueras.

Quien realmente brilló como una estrella desde la llegada de la televisión fue el Imán, por ser un feroz enemigo de este instrumento dedicando todos los discursos de sus oraciones del viernes en contra de la televisión,

hasta el punto de dejarnos escépticos y enredados a todos nosotros hasta hoy. En una ocasión dijo que esta caja es la ventana por donde entran los venenos y el soplo ardiente del infierno, en otra dijo que es el mismísimo Satanás y que es la destrucción de las mentes, corazones, familias y países. Otras veces nos convencía de que es el Anticristo, y la prueba estaba en que es igual a como lo describieron los libros antiguos, es un tuerto por no tener nada más que un ojo, y tiene la habilidad de seducir a la gente fácilmente guiándola hacia la desmoralización, especialmente a las mujeres. Y de ahí a llamarla “el Desmoralizador”, porque incluso nuestro digno y puro idioma árabe, la lengua del sagrado Corán, se enaltecó al no contener un nombre para ella, dejándola con su nombre extranjero: televisión. Algunos intentan convencernos de que su nombre viene del verbo ver y del sustantivo visión... Oh, gente, ¡qué visión, qué leches es esto! Es la misma ceguera, es el deslumbrador quien impide veros los unos a los otros, a vosotros mismos, a la verdad y al camino recto. ¿Cómo aceptáis que un tuerto gué vuestra visión?

Y la gente fue dando nombre propio a su televisor, como si dieran y crearan nombres para sus hijos, su perro o su vaca, todo ello para evitar llamarle por su nombre extranjero, extraño a nuestro idioma. Sin embargo, la televisión comenzó a dar nombres nuevos a los recién nacidos, unos nombres que antes no habían existido en nuestro pueblo.

Así hizo Jalil, el herrero, conocido por la fuerza de sus músculos y su violento trato con la gente, idéntico a su trato con el hierro, y cabezota hasta el punto de llamarle Cabeza de Hierro. Cuando su mujer dio a luz a dos gemelos varones, les llamó Rambo y Tarzán, por su excesiva admiración por la fuerza. Pero al llevarles al Registro Civil, el funcionario se opuso diciéndole que según la ley los nombres extranjeros están prohibidos, especialmente nombres como estos que corresponden a personajes del enemigo americano. Jalil se enfadó muchísimo y se empeñó en ponerles esos nombres, el funcionario se obcecó en lo contrario. En ese momento, Jalil tumbó a los gemelos encima de la mesa delante del funcionario y sacó de su bolsillo un cuchillo; poniéndolo en el cuello de uno de ellos, dijo: “Si no les registras con los nombres que yo quiero, les degollaré aquí mismo y te dejaré sus cadáveres. Soy su padre, y soy libre en nombrarles como quiero y hacer con ellos lo que me venga en gana”.

El funcionario se rindió ante su petición, y así tuvimos en nuestro pueblo un Rambo y un Tarzán, que en su adolescencia fueron los más rebeldes y problemáticos de los chavales y los mejores en la caza de perdices y en robar gallinas, huevos e higos de las huertas.

Una tarde, después de buscar en todos los canales y solo encontrar documentales y reportajes sobre animales en los bosques africanos, el mismo Jalil le dijo a su hijo Tarzán: “Hijo, ve a ver si la antena se ha caído al establo”.

En el primer día de la instalación de las televisiones, nosotros los pequeños dimos vueltas alrededor y por debajo de las cajas en busca de las piernas y del resto del cuerpo de los presentadores. A los más pequeños que nosotros, nuestras familias les metían miedo con las orquestas sinfónicas, porque —para ellos— se parecen a una banda de caras adustas afilando sus espadas o agitando sus palos y haciendo ruidos extraños que suben y bajan repentinamente. Y todavía asustan más cuando van acompañados de los fuertes gritos de un cantante de ópera. Así, los pequeñitos se asustaban, temblaban y obedecían... hacían pis y se dormían.

Mi tía no dejaba de fijarse en todas las caras que salían en la pantalla, su corazón latía cada vez que veía un rostro parecido al de su hijo prisionero. Trataba a la televisión con mucha inocencia y cariño, considerándola un ser vivo, hasta el punto de darle comida al principio, y le hablaba porque, como ella decía, si es capaz de moverse y hablar, seguro que también puede oír. La tapaba cuando hacía frío y la limpiaba con agua y jabón hasta que se averió.

Mientras, la tímida, modesta y religiosa mujer del Imán cubría su cara con el burka al entrar en el salón y decía: “No es correcto sentarse con hombres extranjeros y a cara descubierta”, refiriéndose a los presentadores y actores. Así, no distinguía entre las voces de los invitados y las de la televisión, pues no solía mirarles y se conformaba con oírles. Por eso en algunas ocasiones contestaba a la televisión, creyendo que se trataba de alguno de los que estaban sentados hablando con ella.

Las mujeres más jóvenes y las chicas dejaron de preguntar a la señora Laila sobre cómo ganar los corazones de los hombres. Empezaron a imitar a las mujeres de la televisión en sus vestidos, el hablar y el andar. Las embarazadas ponían un vaso de agua encima del televisor cuando

salía alguien guapo y, después, bebían el agua esperando a que el bebé saliera igual de guapo. Algunas jóvenes ponían ramos de flores delante de la pantalla cada vez que salían sus cantantes favoritos. La mayoría de las mujeres cosieron, aprovechando restos de sus ropas antiguas, unas mantas especiales, bonitas y bordadas para tapar las televisiones después de apagarlas.

La cuidaban más que a sus maridos y olvidaban las tareas domésticas. Las chicas coqueteaban y hablaban sobre el amor y no sobre el matrimonio, y la gente empezaba a encontrarse a algunas parejas de jóvenes en los rincones oscuros del pueblo por la noche o en las huertas besándose en la boca, algo que antes no conocían o por lo menos nunca habían visto. De hecho, la campaña del Imán se intensificó en contra de su enemigo, el Desmoralizador, el símbolo del deshonor y del desastre. Este Anticristo que engañaba a nuestros hijos y les desviaba del camino de la buena moral y de los grandes valores. Así, el Imán animaba a los padres a darse prisa en casar a sus hijos, especialmente a las hijas, lo antes posible. El número de los hombres que estaban de acuerdo con su campaña y la apoyaban iba en aumento. Obedientes se dirigieron hacia él y le dijeron: “Jeque e Imán nuestro, estamos arrepentidos y pedimos perdón a Dios. ¿Qué debemos hacer?”

El debate duró meses, las opiniones y propuestas fueron variando y multiplicándose. Todos intentaban concentrarse y usar lo mejor de su sabiduría para encontrar una solución a este problema. Algunos dijeron: tiramos los televisores al río. Otros les contestaron: esto va a contaminar el agua que bebemos nosotros y nuestros animales y con la que regamos nuestras huertas y campos, y mancha y desmoraliza a los peces y las ranas. Otro dijo: los quemamos. El Imán le contestó que ese tipo de castigo está solo reservado a Dios, y ningún ser tiene derecho o capacidad para castigar a cualquier otro ser con el fuego. Dios es el único que castiga con el fuego y el infierno, y esta caja contiene unos seres que hablan y se mueven a pesar de que no sabemos de qué materia están hechos, al igual que los ángeles, duendes y diablos.

Se dijo: pues los rompemos con palos o los lapidamos con piedras. Pero otros advirtieron de que si se enteraba de ello el Gobierno, nos llevarían a todos a la cárcel, nos matarían o bombardearían, porque estos

televisores llevan escrito el nombre del Señor Presidente, su foto y la bandera de la patria. Otros dijeron: los vendemos o regalamos a la gente de las ciudades. Pero la oposición dijo que, según nuestras tradiciones y conceptos morales, un regalo no se regala, ni se vende.

La confusión, la incertidumbre y el debate continuaron hasta que se acordó dejar el asunto en manos del Imán, que es quien ruega y hace plegarias a Dios y aumenta sus oraciones multiplicando las de recogimiento, en espera de que le guíe a la elección correcta.

También el Imán tardó en comunicarnos la solución, respondiendo a quien le preguntaba que todavía estaba rogando a Dios, alargando el tiempo de su encierro, las oraciones, las lecturas de libros religiosos y, por supuesto, el dormir, porque las soluciones que Dios inspira a los devotos pueden aparecer en el sueño o de repente encontrarse en la mente y el pensamiento con toda claridad.

Pasó mucho tiempo hasta que llegó el día de la fatua. El Imán nos reunió a todos en el patio de la mezquita y nos dijo: “La inspiración me vino anoche, gracias a Dios. Y como anteriormente ya os dije, esto es el Anticristo, que hará que el mal se extienda y cubra toda la faz de la tierra, y después de esta etapa, Dios nos enviará al Salvador, que luchará contra el tuerto y le vencerá haciendo que el bien se extienda y cubra toda la faz de la tierra hasta el día del juicio. Entonces, esta es la voluntad de Dios y una señal suya, así que nosotros no tendremos remedio ni elección ante la voluntad y la decisión divina, solamente podremos aceptarla. Así que podéis quedaros con vuestros Desmoralizadores hasta que se acerque el día de la llegada del Salvador y se cumpla la voluntad de Dios. El fiel se pondrá a prueba y esto será un examen de Dios a sus fieles, porque si él no lo hubiera querido, no habría permitido que el cerebro humano llegase a inventar tal cosa. Dios tiene su objetivo y voluntad en todo esto”.

Después, el Imán cerró su discurso con una de sus típicas frases-rima a las que estábamos acostumbrados. “Es tu efecto, tú, creador del insecto. Es tu ansia, tú, creador de la bestia. Es tu antojo, Dios, creador del piojo.”

Y así fue como irrumpió el ruido del mundo en el silencio de nuestras casas y en la soledad de nuestro pueblo. La televisión se convirtió en nuestra compañera cotidiana y perpetua, la veíamos de día y de noche, algunos incluso pusieron varias en su casa: en el salón, los dormitorios, la

cocina y el cuarto de baño, para que la emisión no parara ni se perdiera una sola toma. Y así se iba acercando la llegada del Salvador.

De tanto ver y escuchar la televisión, disminuyeron las conversaciones y relaciones entre nosotros, con nosotros mismos y con nuestros animales, árboles y río. Los ojos de la gente, con miradas tontas, se desorbitaron igual que los faros de los tractores, las orejas se alargaron como las de los burros, las lenguas se encogieron como las de los pájaros y los traseros se quedaron cuadrados de tanto estar sentados.

La gente estaba más pegada a la televisión, cada día más, a pesar de que la primera mujer del Imán —la que al principio era tímida ante la televisión— infiltró más tarde el secreto entre las mujeres, que lo llevaron a oídos de sus hombres en los dormitorios. Evidentemente ellos les dieron la espalda en la cama diciendo que la mujer del Imán mentía y que su motivo eran los celos y la venganza. Estas son charlas de mujeres. Después se durmieron.

La mujer del Imán juró estar diciendo la verdad, aunque no negaba sus motivos de celos y venganza, pues su marido se había casado con tres más desde la llegada de la televisión al pueblo. Le perdonó con la segunda y con la tercera porque —como decía— son tontas y menos bellas que ella, pero ahora y después de casarse con la cuarta, había dejado a la primera marginada por ser la última la más guapa y parecerse mucho a las mujeres de la televisión, ganándose el corazón del Imán todas las noches, mientras ella —la primera— no encontraba más compañía en sus noches que la de la televisión. A su vecina le dijo: “Escucha hermana, el Imán no tuvo inspiración, ni sueño, ni nada, porque en la noche en que presumió haber tenido supuestamente el sueño y la inspiración, no dormimos en absoluto, él y yo trasnochamos viendo al Desmoralizador. Vimos cosas que me daría vergüenza describir, ya sabes, y después de lo que vimos, pasamos una noche loca. Nunca habíamos vivido algo semejante en cuanto a placer y pasión, ni siquiera en las noches de nuestra luna de miel, y no creo que vayamos a vivir una noche igual en lo que nos queda de vida, nunca jamás. Desde aquella noche está obsesionado con casarse y casarse... eh... La televisión me quitó a mi marido, así que yo le quité la televisión a mi marido”.